EL CATACLISMO DEL 16 DE AGOSTO DE 1868

DEDICADO

AL SOR. D. JUAN LEON MERA.

POR

ANTONIO ACOSTA

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA

CATEDRAL DE IBARRA.

1884.

Imprenta de P. Telmo Acosta.

—*¿Que es, pues, el caso?*
¿Un nuevo autor que me dedica un drama?
¿Unos versos de un chico que me quiere
Leer su padre? ¿el álbum de una dama?
¿Un convite talvez? ¿un desafio?
¿Una apuesta? ¿un ensayo?
—*Nada de eso:*
Es un enfermo mio

ZORRILLA.

INDICE.

Introduccion - -	pag.	1
El presagio i el olvido - -		6
La tarde - - - -		11
La noche - - -		23
La muerte - - - -		31
El amanecer - - - -		40
La alta mañana - -		52
El numen de la esperanza - -		57
Santamaria de la esperanza -		74
Conclusion. - - -		84

FÉ DE ERRATAS

Pag.	lin.	DICE	LEASE
3	6	segada.	cegada
19	7	noche i dia	mientra el dia
41	3	quella.	aquella.
59	4	contraliza,	centraliza.
76	11	en, venturanza.	en venturanza,
79	24	en cielò	en el cielo
83	21	màs	i màs
84	3	màs	ï màs.
86	14	pueblo	el pueblo.

EL CATACLISMO DE 1868.

INTRODUCCION.

Tribus errantes, corazones desolados, ¿á donde huireis para encontrar reposo? La paloma torcaz tiene su nido; la raposa su cueva.....
¡Israel no tiene màs que la tumba!

LORD BIRON.

I.

Inmarchitos recuerdos, ayes, llanto
Se escuchan todavia, i desconsuelo
El corazón agita con espanto;
Yace Imbabura de mortuorio velo.
Pues de la muerte atroz el negro manto
Tendió desolación de solo un vuelo,
I lanzò miles sombras en contienda,
I abrió el abismo de la nada horrenda,

II

¿Dònde, oh pais, no hai huesas? Negra llama
En tu seno circula: do revuelan
Tus ateridos ojos se derrama
La sombra de la muerte i màs se hielan.
Ya del suelo al vaiven el volcan brama,
Los cielos i la tierra se rebelan,
Abismo se destaca sobre abismo,
I sientes repetirse el Cataclismo.

III.

¿Adònde tu alta vida, en desconcierto
De tan tremendo mal arrebatada,
Por un instante se pondrà à cubierto?
¿Què à la lira darà voz sublimada?
Su sonido aterrante i sin concierto
Serà el del viento que en la cruz alzada
Del cementerio se oye cuando cierra
La noche con espanto la honda tierra.

IV.

Còmo quisiera ¡oh país! que vuelvas luego
A aquel dia que fué ántes del trastorno,
Cuando entre flores el feliz labriego
Vió fortuna i placer à su contorno:
Vió bajo suave sombra, un sol de fuego
Al ocaso rodar sobre el adorno
De trasparente nube hecha de plata,
I esmaltada de oro i de escarlata.

V.

¡Oh! aquel cielo ofrecia blandamente
Materia al dulce canto: predispuesta
Mi alma à sus influjos iba ardiente
Hàcia la cumbre de Imbabura enhiesta.
Ahora apenas me brinda una vertiente
Que no ha sido segada en la funesta
Subversion de elementos, aunque baña
Restos allà de formacion extraña.

VI.

Ahora inerte vacío el pensamiento,
Ronquecida la voz, la fantasia
Solo para el dolor en desaliento,
Es ave desalada, inerme, fria;
A las ideas obvias no halla acento,
Surgen ante ella sombras à porfia,
Remecese la tierra à impulso fuerte,
I oigo dar voces à la impía muerte.

VII.

Quièn dijera à ésta edad, habiendo sido
Testigo de otras felizmente halladas:
Tù verás à Imbabura remecido,
I sus altas recuestas desplomadas;
De sus valles i selvas bipartido
Cada paso hondamente..... sus cañadas
De pestífera lava rebosando,
Ir las inmensas playas inundando.

VIII.

Quién dijera al poeta: Tù remiras
La esmeralda que cubre estos redores,
La alta floresta cuyo aroma aspiras,
Los arroyos que vuelan saltadores:
Todo ¡qué espanto! si los ojos giras,
De la ira celestial à los furores,
Vuelto tierra veràs i desenvuelto
Por el ronco aquilon, todo revuelto.

IX.

Quién al cielo i la tierra, en voz que mueva,
Ya veis, dijera, la sin par ternura
Con que à su pecho cariñoso lleva
El Dios omnipotente à la Imbabura:
¡Ah! ya que medie con su sombra nueva
La noche terrorosa, serà hondura,
Do entre erizadas ruinas oprimidos
¡Ay! los pueblos perezcan confundidos.

X

¡Funesta espiacion de orgullo vano,
No dar un paso en porvenir oscuro;
Del saber negra noche, en que el humano
No ofrecerà al invento algo seguro!
Sólo à las luces del divino arcano
No alza la tierra su impotente muro.
Yo bendigo esa lumbre que allà brilla,
Yo bendigo esa gloria que me humilla.

XI.

Nacimos para el mal que del quebranto
De nuestra alma infeliz vive sediento,
Nacimos para el mal que en el espanto
Sujeta al mortal cuerpo à hondo tormento,
Nacimos para ahogar la vida en llanto
Quizà sin tregua de fugaz momento:
I hay horas de terror que el àngel fuerte
Consigna en manos de la impía muerte.

XII.

¡Qué de ilustres talentos con que cuenta
La Musa en Imbabura, yo decia,
Habràn ya de forjar una que alienta
En las celestes auras poesía!
Mas, por mal de la patria, no se ostenta,
Hace tres lustros, ni una endecha fria
Del Cataclismo horrendo ¿Què en tal caso?
Ahì, me dijo un amigo, està el Pegaso.

XIII.

I ya entre trastorno tal i desventura,
En que nada quedò sobre sì puesto,
No irrogaré perjùicio, ni lisura,
Ni ofensa à persona.... lo protesto.
Ministro del Señor, ante quien pura
Conciencia me deseàra, lo que enhiesto
Atañe à la virtud, verè humildoso,
No asì al vicio que cunde ponzoñoso.

EL PRESAGIO I EL OLVIDO.

I.

Düra oscuridad, en donde aferra
La verdad su fulgor, solo palpamos
Cuando la luz, que el porvenir encierra,
¡Ay! sombras entre sombras la buscamos:
Pero, un paso adelante, nos aterra
La horrible eternidad que nos hallamos,
I, triste el corazon falto de aliento,
Retrocede abismado el pensamiento.

II.

Mas à veces, por fines que no alcanza
La vana comprensíon, de Providencia
Economia es cièrta en su balanza
Echar de sus presagios la eficiencia.
Quiere del mal en bien una mudanza,
O al progreso mover la humana ciencia,
O de su nombre grande al loor atiende,
O sea.....lo que fuese al bien propende.

III.

Sin dar al pueblo el modo, ni el mèdiario,
Tres lunas àntes revelara el cielo,
Que un suceso fatal, extraordinario
Sumiria à este pais en hondo duelo:
De gentes concitòse el juicio vario:
O peste, ò hambre, ó convulsiòn del suelo,
O inundaciòn, ó guerra...¡ay! todo asombra;
Mas cosa verosímil no se nombra.

IV.

«¡Desolaciòn del país à no lejano
Dia, en festividad;» estas flagrantes
Voces se propagaban, pero en vano,
Exitando las mentes discordantes.
¡Ay! sòlo estaba en el divino arcano,
Què sucesos podrian aterrantes
Traer esa desolaciòn, i en el evento
Quiènes encontrarian salvamento.

V.

Pero esa voz profunda se esparcia,
Triste esa voz el viento recruzaba,
Presagio del desastre, sorda huìa
Al abismo sin fin do estacionaba;
I temerosa al círculo volvia
De religiosas gentes en que hallaba
Una incubaciòn que no asegura
Sino desolaciòn en Imbabura.

VI.

I entre esa voz el ruego à Dios piadoso
El infelice pueblo nò hubo enviado,
Si sus ecos distantes cavernoso
Volviòlos el averno todo airado.
Tal vèz al fanatismo fabuloso
La ignorancia atribuye de contado,
Cuanto viene de Dios, cuanto del hombre
A su nativa fuerza i audaz nombre.

VII.

Era el presagio, al fin, cual sombra yerta
Que al recuerdo se niega en breve rato;
I era el acepto bien que no despierta
El pecho innoble de mortal ingrato;
I era la brisa que pasàra incierta,
No màs que la ilusiòn de triste Erato,
Amagando tal vez el caido ceño
Del infelice que de sì no es dueño.

VIII.

Mas un día à otro del presagio rudo
Aun su profunda idea en el marasmo
Del olvido quedaba, i ni el sesudo
Filósofo le presta su entusiasmo;
Que en breve vuelo deslizàrse pudo,
Junta al que diera religioso pasmo,
Cual siempre deslumbrada en ella viera
Imbabura no màs que una quimera.

IX.

Mas, un dia à otro del presagio, vuelve
Su hermosura normal el sol risueño,
La creaciòn llenando, i desenvuelve
La verdura i las flores con empeño;
I en sus ondas purísimas envuelve,
I dilata el aroma qũe halagüeño
Da de su càliz el azahar dorado,
I de sus yerbas el frugal collado.

X.

Segu ia en tanto, sin zozobra, bella,
Bella la vida que Imbabura guarda,
I de fortuna, que à su afan descuella,
Los caprichosos auges solo aguarda:
Así, al amanecer, airosa estrella
En uegras nubes la emisiòn retarda
De sus fulgentes rayos hasta el dia,
Que disipa las sombras à porfia.

XI.

Mencionaré que siendo (lustros nueve,
Màs cuatro, màs tres hace) del dominio
Muy sano y popular, à paso breve,
De Jivaja circula un vaticinio.
I es que, «movido por influjo aleve,
Laguna serà Ibarra, i su exterminio
Al residuo mortal en desventura
Lanzarà de Caranqui à una llanura.»

XII.

I Aguilar, Jesuita, en detenida
Observaciòn científica coloca
Sobre laguna à Ibarra. ¡Ay de la vida!
¡Ay!, quién te diera, Ibarra, firme roca!
Desde esos llanos te verán sumida,
Dentro de tiempo que al decir no toca,
O por laguna que vendrá à destajo,
O por la informe que se ve debajo.

XIII.

¡Jivaja! agustiniano, los olores
De virtud dejó al país, cuando la muerte
Su vida arrebatò de entre dolores.
¡Aguilar Federico! ciencia vierte
De su labio i su pluma con mil flores.
I Aguilar i Jivaja, de Dios suerte,
Cada cual ve en Ibarra, con su tino,
Ya una amenaza, ya un fatal destino.

XIV.

Mi opiniòn, oh Imbabura, sobre aquello,
Es un punto no mas en cròquis vano,
Ni es mio el enteader en lo que sello
Là ciencia ha puesto con pulida mano:
Mio es contar el funeral tropello
Que hizo el infierno con furor insano,
Llorar con el que llora ò un gemido
Siquier lanzar por el de muerte herido.

LA TARDE.

I.

Habia mediado agosto: se veia
Do quier paisaje plàcido; luciente
La ràfaga del éter se esparcia
Al par de la del viento suavemente;
Sus brilladoras cumbres i armonía
La cordillera alzando en occidente,
Sostiene el horizonte con anhelo
Contra los lindes del tendido cielo.

II.

¡Cordillera del Ande! ideal hermoso
De Unión americana, engendro santo
De mente inspirada en el pomposo
A Junín consagrado épico canto.
Yo te saludo desde el valle herboso,
Cuyo confín sombreas, i tu encanto
Le prestas en la nube purpurina
Con que el vèspero rayo te ilumina.

III.

Su contorno el espacio que recrea,
Despeja màs i màs: el Imbabura
Rebosa en viva luz su gigantea
Cùpula de cristal con galanura.
Del universo padre, màs flamea
El sol su pabellon con gran soltura,
I nubarrones puros de oro i grana
Cruzaban en la bòveda galana.

IV

Abriase à la atmòsfera serena
Desde sus hondos senos la laguna,
I en ellos retrataba toda amena
La cima de los montes sin fortuna:
I en ellos esplendente cuando llena
Brillò elevada la armoniosa luna;
Mas a la sazòn sòlo esperaba
Para ser nueva un dia, i se ocultaba.

V.

Innùmeros rebaños que retozan
En los llanos floridos i en la cumbre
De azuladas colinas, se alborozan
Cuando cae del sol la eselsa lumbre;
I bajo ramas que la liana embozàn,
O rudas peñas que les son techumbre,
El fresco buscan de la hermosa tarde
Que en avanzadas horas hace alarde.

VI.

I do quier corren, vuelan sobre el suelo
I entre ondulantes ramas sin descanso,
Màs alegres las aves cuyo cielo
De las aguas se muestra en el remanso;
Su nidar en las cercas es su anhelo,
Su espansiòn, su recreo el viento manso,
El sol su porvenir, i su esperanza
Los àrboles esentos de mudanza.

VII.

De jardines magníficos la esencia
Desparrama sin fin el raudo viento
Revuelto en la copiosa florecencia,
Sin quitar à las ramas un momento
De variantes guirnaldas la presencia;
Que eterna primavera....à màs portento
Aquí aspirar no puede remecida
¡Oh! por la americana, nueva vida.

VIII.

¡Qué delicioso clima! ¡Qué colores
Del cielo tropical! En su sequio
El monte con sus niveos resplandores
Las orillas no emula al sesgo río:
I si àridos presenta unos redores,
Huellas son del eterno poderío,
Con que el raudoso tiempo al triste mundo
Le dice audaz: «tu orgullo yo confundo.»

IX.

I en aterido pàramo, cubierto
Aquí i allà de paja i montesillo,
Bajo de peñas i no bien despierto
Se ve rumiando echado el cervatillo:
I aquí i allà en paraje màs abierto,
O donde el verde arroja mayor brillo,
Ya se oculta la liebre espantadiza,
Ya salta la perdiz ò se desliza.

X.

I con alas sonantes la paloma
Torcaz por Huaranguí luègo se acoge
Al àrbol de su sueño, i en la loma
La tórtola en su nido se recoge.
Por el azul etéreo, raudo asoma
Campeando el gavilan i el vuelo encoge
Al divisar su peña, en donde acaso
Un pastor movia el lento paso.

XI.

El bulio habitador de la sombrosa
Peña enramada lànguido quejido,
Que la noche le oyera pavorosa,
Ahora ensaya tal ves màs afligido.
Adormida en su cueva la raposa
Un ensueño si pasa espavorido,
Será el que la suerte mucho tarda
En traer la noche que azarosa aguarda

XII.

Mas en la cima de peñòn pasmoso
Los nichos se divisan, do indolente
La còndor imperial con vuelo airoso
De penetrar acaba. Ella en la frente
De Bolivar el lauro victorioso
¡Oh! estática besó con pico ardiente,
I desde entonce el rayo i sus fulgores
Son arrullo sin fin de sus amores.

XIII.

I estos valles, colinas i montañas
No son desiertos, no, donde aparecen
No màs que vegetales i alimañas....
Pueblos hay numerosos que florecen,
I doquier extensisimas cabañas
Que entre sus moradores se oscurecen,
I doquier tambien tristes forasteros,
Peregrinos i errantes pasajeros.

XIV.

¡Pueblos nutridos por la fè cristiana!
La dicha que esta fè presta al que llora
En estos valles de la vida humana,
Toda era suya como al sol la aurora:
Que de todos los climas èstà ufana
Comarca dà con mano protectora
Opimos frutos...; los del cielo al frente
Con gloria coronó el Omnipotente.

XV.

Sus pasados afanes roedores,
Ya el tiempo terminado de la siega,
En descanso i en páz los labradores
Recorren con placer, i ven que llega
El granero à alcanzar los corredores;
I que en la era fecunda, donde riega
Su naranjado el sol, innumeradas
Parbas se ostentan sin mesura alzadas.

XVI

I de primarias formas, ò elemento
Que pródiga natura les va dando,
Cual à menester, i usos i contento
Màs cuadre, viven siempre aprovechando;
Riqueza huy productiva i su incremento,
Con que poco estos pueblos emulando
De prósperos la dicha, el pauperismo
Ven no serles creciante hasta el abismo.

XVII.

¿ I decid, pueblos de Angochagua à Lita
I del Carchi à Cajas, si mirais la altura
De aquel que os da su nombre? él os invita
Vuestra gloria à cantar, vuestra cultura.
Dios os cercó i trabajo. ¿Veis se agita
En la espléndida cumbre de Imbabura,
De victoria el laurel que levantasteis
Cuando el hierro tiràrico mirasteis.?

XVIII.

¡Oh! trovador, si al hombro la ancha lira,
Viste ántes del trastorno estos vergeles,
Cree que al fuego sacro que te inspira
Conquistarte podràs muchos laureles.
Ante el dolor sublime, à nada aspira
El que los màs terríficos dinteles
De la muerte sintiò, i aun se levanta
Un mar de abismos à su mûstia planta.

XIX.

E írguese para sí la populosa
Ibarra, capital, que bien no cuenta
De existencia tres siglos, i dichosa
Sus calles, plazas, templos mira atenta:
Semèjase á una virgen pudorosa,
Que entre verdes saucedos yendo lenta,
Llega à un bosque de mirtos, donde el cielo
Brinda à su hondo gozar mayor anhelo.

XX.

De escelente apariencia, guarnecidos
De árboles, de verdura i gayas flores,
Cinco Conventos vense embellecidos
De Febo por los plàcidos colores.
Los ojos ¡qué contraste! humedecidos,
Se alimenta de augustia i de dolores
El Càrmen que acá echò con mano infecta,
¡Eh! de Çolombia la famosa secta.

XXI.

Cinco conventos que el Eterno habia
Fuesto en estos confines de su cielo
Para que todo el sòn de la armonía
En la ciudad sirviese de consuelo,
I el Càrmen à que fuese la alegría
Del corazòn divino, cuyo anhelo
Es que el gran càliz de amargura apuren
I la corona cèlica aseguren.

XXII.

I ¡oh! una casa màs cerca al Imbabura
Que las otras estan, un monasterio,
Morada del Senor, la que hermosura
Da à celeste tesoro en gran misterio;
La que imàgenes forma en escultura
De divino buril bajo el imperio
De Inmaculada, yace resplendente
Con el afan de Dios Omnipotente.

XXIII.

¡Oh de virtud paraiso! de los cielos
¡Oh, bendecida casa, cuyo hosana
No le ahogarà el olvido, à los desvelos
Florece de la Luz siempre galana!
Las hijas del Senor de entre sus velos,
En sublime oraciòn que oriambar mana,
El corazón en luces de topacio
Ledas enviaron al remoto espacio.

XXIV.

De antemano en poblados, por do quiera,
De Loyola las prácticas andaban,
I abundosa alta mies se recogiera,
I en celo los ministros la guardaban.
Rugia acaso furibunda fiera,
Satan cuando sus grutas le cerraban,
I se abrian los templos noche i dia
Al católico espíritu que ardia.

XXV.

De todo buen espíritu celoso
I de la dicha terrenal del hombre,
Quiere perderlo como á Adan dichoso,
Del Señor protestando contra el nombre.
I en su encono no hallándose gustoso
Sus obras mismas, con furor que asombre,
Persigue, i de secuaces gran tirano,
Es terror en los fuegos de su océano.

XXVI.

Mas doquier alto espíritu se veia,
De la divina ley con el abono,
Tocar en el zenit ya que esplendia
Con su báculo i mitra el áureo trono.
Pasó el espacio añal con lozanía,
Dos veces desde el sol en que á Pio Nono
Se obedeció, la Bula ejecutoria
Surtiendo efecto que llenó de gloria.

XXVII.

I pesada la noche, i màs tardia
Por fin el manto preparó, i remueve
Los contornos que guarda alegre el dia,
Hàcia la sombra de su imperio aleve;
I, funeraria antorcha, despareia
El astro remontado una luz leve:
Que vagorosas nubes se elevaban
I acaso el ancho disco encapotaban.

XXVIII.

Pero en la tarde estamos de aquel dia,
Cuyà mañana de luciente rosa
I de mil rayos de oro parecia
Ser de Imbabura la ataviada esposa.
¡Dònde no hubo espléndida alegría
En valles, en lagunas, en hojosa
Selva; pues era la mañana bella
En que brillò la *matutina Estrella*!

XXIX.

I celebrada con cristiano anhelo
Fué la festividad que conmemora,
Que de nubes hermosas sobre el vuelo
Subiò à su trono la inmortal Señora;
Festividad à cuya noche el cielo
Fijára en los presagios que atesora,
De su decreto el *cumplase*, en arcano
Que es otro àbismo del saber humano.

XXX.

¡Ah! de oración al toque, en que el vacío
De la vida se aumenta ¿cuál seria
La amargura, i el ansia i desvarío
Del que su muerte acaso presentia?
En gemido i en lágrimas «Dios mio,
Borrad, borrad mi ingratitud» diria;
«Hoy, mañana, (añadiendo con espanto)
Al pié de un sacerdote ire en el llanto.»

XXX.

El hoy con el mañana á la ancha puerta
De eternidad se aposta, veis, lectores.
Ese hoy decia al corazón: «despierta,
Quebranta ya los hierros torcedores,
I vida i porvenir luego concierta.»
I ese mañana sepultó en horrores
Del espantoso olvido, cuanto habia
Destinado al no ser la muerte impía.

XXXII.

Sobre la tierra no tendrá momento
La vida, que tanto ama el peregrino,
Seguro en algun modo ó que esté esento
De los reveces de anormal destino:
E inmarcesible yace en su contento,
I cambia el corazón en diamantino,
I de ilusión en cieno vese terca,
I rechaza al gran cielo que se acerca.

XXXIII.

A media tarde, convulsión lijera
De la tierra en Ibarra, ò poco ò nada
Êl ànimo exaltando, se sintiera;
Asì à ellas Imbabura està avezada:
Pero en el Angel ruina lastimera
Causàra à la redonda, i alarmada
De ese lugar la gente, sin disputa,
La asolación de Ibarra viò absoluta.

XXXIV.

I cual sonido de torrente oian
Bajo aquel suelo continuar llevado
De norte à sud, en tanto que veian
Hàcia estos montes un fàtal nublado;
I en conjeturas i en aguardo ardian
De nuevas tristes en supremo grado
Ante el destrozo que al Señor clamaba;
Mas Ibarra en el Angel no pensaba.

XXXV.

Miéntras el ancho sol su disco hundia
Detras de Cotacachi en alta nieve,
Que disuelta en mar de oro parecia,
I temblaba en redor, el ala leve
De la brisa plegaba, i se adormia;
I de ligera pùrpura una breve
Nube ya coronaba aquella altura
Partiéndose en mil otras con tersura.

LA NOCHE.

I.

¡Adios di à Pio, Ibarra! El mortal filo
De la eterna cuchilla de repente
Su descompuesta diòcesis en vilo
Ya la levanta con su fuerza ingente.
Adios, adios di al sol, ya el débil hilo
De tu vida à su fin llegar presiente;
Ya con tiempo suspéndense veloces
Tus fastos sueños, tus perenes goces.

II.

Pero en los pueblos insidioso amago
Ha tendido la muerte: Así profundo
El Averno en su embate triste, vago,
Llena el espacio del valioso mundo;
I feroz hace su sangriento lago
A torrentes correr entre el inmundo
De las rudas pasiones, cual quisiera
Que el esterminio por doquier cundiera

III.

La muerte aterradora....ya reclama
Al àngel que estermina repitiendo
Maldición, maldiciòn ¡Oh cuàl la llama
Se alzarà sempiterna estremeciendo!
No tiene el juicio eterno otro programa
Que la gloria inmortal ó el fin tremendo:
¿Poseeis, oh gentes, de virtud la prenda,
O del vicio seguis la inmundà senda?

IV.

I ¿què espectros, qué instintos circulaban?
Disque inocentes pàrvulos al sueño
Resistian tenaces, i aun dejaban
El lecho cuando el maternal empeño
Los colocàra en él; i que clamaban
En sùplica, ó en llanto ò en desdeño,
Los dejasen velar hasta cierta hora,
Tal vez hasta àntes de la negra aurora.

V.

Mas, en el monte desolado umbrìo
Los bàlagos que prende mano vana
Ostentando los vuelos de albedrío,
Deslumbraban à Ibarra ya no ufana.
Para mi sè decir que el gran hastìo
De la vida se aparta à esa lejana
Prespectiva de incendio i me presenta
Còmo arderia Troya en haz cruenta.

VI.

Pero el tiempo venia à breve paso
I nos trajo la noche tenebrosa,
Que en su mitad fijaba el triste ocaso
De esta Estrella del norte lastimosa;
Una hora màs i cuarto, bien escaso,
La concede el Señor....¡Cuàn espantosa
La eternidad apresta el hondo seno
Do sòlo estalla el rayo, cruje el trueno.

VII.

¡Oh Dios! i duermen el tranquilo sueño
Del hombre bienhechor, i no despierta
Ni el pobre que devora el vil veleño
De la culpa mortal! ¿Còmo el alerta
De la muerte no escuchar, ni su seño
Ni el torpe paso de su planta yerta
Divisar, sienten? ¿còmo, si insegura
Sobre un cràter la vida està en pavura?

VIII.

¡Oh Dios! i duerme, duerme toda entera
Imbubura, cual virgen à la aurora,
Cnal ajena de accìòn, cual no viviera,
Cual tumba inmensa que caerà à deshora;
Semèjase tambien à esa quimera
Que allí à mis ojos se levanta ahora;
Ella allí inmòvil un momento yace,
I cual etérea sombra se deshace.

IX.

Sobre ambos montes vaporosa, umbria,
Pàlida nube tiembla estacionaria;
Se mira la llanura yerma, fria,
Cada horizonte bajo niebla varia.
Entre azahares marchitos ¡oh! sombria,
A la fronda de escelsa pasionaria
I de nogal, Ibarra bajo el cielo
Yace i lejos, muy léjos el desvelo.

X.

Ni el sesgo rio, ni el camino estenso
Quizà el ojo nocturno divisaba;
La formidable selva polvo denso
Bajo eternas neblinas abrigaba;
El cielo encapotado; solo, inmenso
El pànico do quiera se alarmaba;
Mas nada se oye, ni se ve, ni advierte
Sino amagado por la impía muerte.

XI.

I en tan lòbrega noche espavorido
El marmòreo silencio de repente,
Lo interrumpé de gozques el aullido
O el lamento del buho màs doliente
Que acaso de techumbre à sauce erguido
Revuela, i en final posa impaciente;
I acaso en tristes, fúnebres afanes
Doquier sombrean timebundos manes.

XII.

A veces, entre el viento que sacude,
Del raudoso Tahuando se levanta
Con el susto estridor, al cual acude
La espansión de los ecos que adelanta:
I mi alma conmovida cuànto alude
Al ruido aterrador, i furia tanta
De los mares que vió cuando sin tino
Trasladòla à Esmeraldas el destino.

XIII.

Del elevado monte el copo altivo,
Que al rayo desafia con fiereza;
El arroyo en mil ondas fugitivo
De la cima i su estéril aspereza;
El céfiro entre ramas suave, esquivo,
O moviéndolas fuerte en lijereza,
Todo de oscuridad en el tumulto
Como negra fantasma pasa oculto.

XIV.

I el osario se agita en fin....Serpea
En la tierra doquier màs tenebrosa,
El genio de la noche, i gigantea
Su faz oculta bajo informe fosa.
Se alza entónces la Muerte.... vitorea
Con voz que hiela el alma, i espantosa
De consuno levantan vocería
Los sères què abortò la tiranìa.

XV.

¡Ay! que para vivir del fruto amargo
De la culpa empleamos las morales
I las fìsicas prendas; ¡què recargo
Nos traerà el fruto de infinitos males!
¿Qué de esa esclavitud, de ese letargo
Redimirnos, con fuerzas colosales,
Podrà en el mundo, cuando él derrama
Aquél fuego mortal que nos inflama?

XVI.

¡I en hondo sueño! desgraciadas gentes,
¡Ya oireis, ya sentireis las convulsiones
De la irritada tierra! ¡Cuàn dolientes
Se ven llorar las célicas legiones!
¿No oireis, no sentireis cuando trementes
Ante el horrendo juicio en las regiones
Estareis del Señor? ¡Ah, los que vivan
Tambien à amargo càliz se aperciban!

XVII.

Deten ¡oh tierra! tu esplosiòn: detenga
El cielo tu destrozo ¿habrà en tu seno
Desprendido de sì, quién lo sostenga,
Si el cielo de furor se encuentra lleno?
Quizà un otro castigo bien te venga;
Peste, hambre, guerra sufriria sereno,
¡Oh Dios! tu pueblo por no verse inerte
De proviso en los brazos de la muerte!

XVIII.

I de entre esa humarada i vil acecho,
No el poder del abismo prevalezca
Sobre la hechura tuya; de tu pecho
Arràncarla por fin à que perezca!
¡En el negro portón, el santo lecho
Signo de redenciòn que no aparezca!
¡Ni allí, el rostro en làgrimas bañado,
La imàgen del dolor al diestro lado.!

XIX.

¡Oh! Maria, tu diestra mediadora
Tiende, tiende à Imbabura: ya ves ella
Tus glorias canta, tus dolores llora
Miéntras el mayo su floral destella:
Ay! tal vez sueña con tu imàgen ahora
I el mustio labio reverente sella
En tu celeste manto, su aislamiento
Presentàndote humilde i su tormento.

XX.

Librad ¡oh Dios, oh Dios! al caminante
Por quien la Iglesia ruega de antemano;
¿Què el inocente pàrvulo en ti amante,
Con el mendigo, el justo i el anciano,
No encuentren compasiòn? ¿Con que delante
Deshecho en tierra vil i polvo vano
Irà tu santo cuerpo en los altares
Rodando de altas ruinas en los mares!

XXI.

¿Es del antro profundo, todo él fuego?
¿Es de la ira de Dios? ¡Qué trueno ostenta!
Por el destino desgarrado, ciego,
El èter despeñado audaz revienta.
I los espacios recrujiendo luego,
En el són de marítima tormenta,
¿Qué acaso preparó el comun quebrantó?
¿Qué sùbito trastorno entre el espanto?

XXII.

Horrible, horrible! sacudido el mundo,
El mundo de Imbabura entre el estruendo,
A honda trepidaciòn de lo profundo
Alzado sobre sì, de golpe horrendo
Cae, i àlzase i cae en polvo inmundo,
Los ambitos del cielo extremeciendo....!
¡Cosa yà no hay pié....sólo hay horrores.
Volviò el Caos à ser de entre terrores.

XXIII.

Lloran los cielos, lloran! Desolados
Los Angeles gimiendo en torno giran
De la horrenda catàstrofe! Qué airados
Los maléficos genios aùn conspiran!
Por la tormenta atroz ¡cuàn agitados
Los vientos se remecen i suspiran,
Misera Imbabura .... caida, yerta,
Tumba entre arenales cuàn desierta!

LA MUERTE.

I.

Templos, caserios, muros i cuanto era
Cegando la ancha calle destrozados,
Colinas son que forman cordillera,
Tumbas son de cadáveres helados.
Tumbas ¡ay! tumbas, sí, donde rastrera
Los filos de sus armas ya embotados
Fiera la muerte viò, junto al portento
De que entre ellas se diera salvamento.

II.

I allà en su rapto se dijera ufana:
«Por sepulcro los muertos resbalando
De estos cerros iràn cuando profana
La luz pura los bañe rutilando.
Bajo estos cerros aun de vida humana
Un vestigio se encuentra vacilando
Que à perecer camina, si el Divino
No mejora su tétrico destino.»

III.

¡Silencio, eternidad! ni la balumba
Prosigue del temblor! «Todos murieron,»
Dice uno para sí, bajo la tumba
Que los escombros para él solo hicieron:
¡Oscuridad, terror! ni el viento zumba;
«Bajo ruinas ¡ay! todos perecieron,»
Dice el que acaso se paseaba en calle
Antes que el trueno del trastorno estalle.

IV.

¡Qué silencio profundo el de la nada!
¡Cuán terrible su sombra! ¡cual su idea
Se mezcla con el polvo! ¡qué asolada
La que en el reyno de Satan ondea!
¿Cómo encontrar, oscura i degradada,
En el no sér consuelo el alma atea?
¿Cómo en amargo bien i breve vida
La ventura ya darse apetecida?

V.

I á estas lóbregas sombras otro abismo
De negro, inmundo polvo hase formado
En un oleaje horrible el Cataclismo,
Cual cruel de venganza no saciado:
De allí á rato después un parosismo
Comunica á la tierra, que oscilado
Al hondo centro terroroso tiende,
I acaso séres moribundos hiende.

VI.

I por fin, de estas tumbas danse al viento
Ora el grito de quien se siente sano
De entre exànimes deudos, ora el lento
Del contuso ó herido ò del insano;
Ora un gemido ó ¡ay! ò duro aliento,
Ora un rumor confuso, sordo, vano,
Ora el postrer quejido de alma pìa,
Ora el ronco estertor de la agonía.

VII.

I aquí i allá en huecos sin salida,
Se escucha el paloteo i alarido
De quien por escapar estremecida
I ùltima fuerza emplea con gemido;
Recruje el maderàmen, i la vida
Antes vuela velòz dejando hundido
Al pàrbulo inocente que allí cabe
I llora su orfandad, si bien no sabe.

VIII.

I se conmueve el seno del escombro
Aquí, àllà: es choque de robustos brazos,
Que los estorbos rompen; es el hombro
Que los levanta ya hechos en pedazos;
Es el impulso que en postrer asombro
Varios emplean; es de fuertes lazos
El influjo divino que nos liga
La muerte à rechazar, con mano amiga.

IX.

Aquí í allà de manos de la muerte
Sobre las ruinas surge, sin aliento,
Uno en pos de otro, que à felice suerte
Los reservó alto divinal portento:
Este à una madre llora, aquel inerte
Se mira por sus deudos, cual atento
Frente al escombro gime, cual quisiera
Verse tragado por la tumba artera.

X.

I tù, bella, castísima Azucena
De Quito, à mí en piê ràpido viniste:
Mi mente os remirò....la faz serena
Compasiva inclinabas à mí triste;
I de hinojo ante Dios, tu planta amena
Luégo hàcia el muro trémulo volviste,
Al muro que cayera sin reparo,
Mas yo de salvaciòn encontré un claro.

XI.

¡Ah! veisme aquì à tu planta: la divina
Intercesiòn vuestra ya aceptada
Por el tres veces Santo me destina
A llevar una vida prolongada;
Yo, con el plectro sobre aquesta ruina,
I con voz pura por el cielo dada,
Dilataré tu nombre en la memoria
Del portento que hoy dejas à la historia.

X.

¡Noche infausta! denegrido manto,
Como el informe càos, cobijaba
De Imbabura la atmósfera, i en tanto
Las oleadas de polvo el viento alzaba:
Ni una estrella en contorno, sólo espanto,
Sombras esparcian sombras, reclinaba
Un abismo en abismo, i otro abismo
La nada está ostentando....El Cataclismo.

XIII.

¡Noche terrible! ¡qué hórrida caverna
Del reino de Satan màs conturbada,
Màs lòbrega é inmunda sobre eterna,
Ni la que està al blasfemo deparada,
Semejarla podrà! ¡Cuàl se prosterna
La indòmita soberbia, i aherrojada
Junta à la liviandad en torbellino,
Va dentro al carro de fatal destino!

XIV.

Depuesta la venganza, al odio artero
Seguir la misma suerte se le veia;
I ambicion i avaricia en plañidero
Murmullo se ausentaron à porfía:
Al bàratro profundo, lastimero
Cayò el dañoso lujo con la orgía,
Cayó la gula insana i la pereza,
Cayò en lecho de escombros la grandeza.

XV.

I se miran llegar, como en remplazo,
La cèlica piedad desde alto muro,
La noble abnegaciòn asida al brazo
De esbelta caridad, el amor puro,
La esmerada activéz sin ningun lazo,
I la humildad de todas gran seguro,
I el alta gratitud con la confianza,
El denuedo, el valor i la esperanza.

XVI.

I venir con el alba se habia visto
Recatado el Pudor, en raudo vuelo,
De nubes ròseas i safîr provisto
Por que no se eche menos su alto celo;
Así, en cautela ruborosa, listo
Arropa con vestido de su anhelo,
A cuantos de los suyos ve privados
Sean vivos ò muertos exhumados.

XVII.

Mas, el oido atento, nunca pára
El de ànimo esforzado, fuerte arroja
Ruinas à ruinas i la vida ampara
Del que la tierra con el llanto moja;
Asi salvar à muchos se prepara,
Escombros sobre escombros desaloja,
I en cuantos ha salvado luègo imprime
Ejemplo tanto de piedad sublime.

XVIII

Mas, el oido atento, separando
Ruinas tras ruinas, sin cesar el lloro,
Grupo doquier se mira i en salvando
A alguno, lo levanta con decoro;
Este al contuso le reclina alzando,
Otro cuida al herido ya incoloro;
Quien aquì horada, cual allí desvanca,
Tal un cadàver del escombro arranca.

XIX.

Mas, el oido atento sobre tierra,
De entre mil distingue uno la voz pura
Que le causa desmayo: otro se aterra
I delira ante exànime hermosura;
Este el pàlido rostro al suelo aferra,
Aquel acalla à tierna criatura,
I todos entre el ¡ay! del moribundo,
Ven que ya lucha con su fin el mundo.

XX.

I à otros entre asombros, entre espantos,
Menos propicia se mostrò la suerte,
Que no mas hondas huellas i quebrantos
I los restos se hallaban de la muerte;
Así en redor de gentes i de llantos,
En las miseras calles, à hombro fuerte,
Cadàver tras cadàver abandonan,
I que uno alienta aun tal vez pregonan.

XXI.

I en ansia i en delirio uno corriendo
La voz levanta i dice: «¿en dònde, en dònde
Està mi corazon tal vez muriendo?
¿Qué à mi anciano padre triste esconde?»
I otro al dolor rendido, «què tremendo
Solo quedo en el mundo» le responde,
I oprime sobre ruina la ancha frente,
Un ¡ay! enviando à Dios Omnipotente.

XXII.

¡Ay! i de parte à parte conmovidos
Cambiar se oyen los ayes, los denuestos,
Juramentos, blasfemias, alaridos,
Todo entre llanto i espantosos gestos.
Ay! miranse en la sombra sumergidos
I entre la tierra palpitantes restos,
Joyas del corazòn que en su partida
Sólo làgrimas dejan à la vida.

XXIII.

I voz se alzò terrible: «Se desprende
De Imbabura erupciòn, cosa tremenda;
Las cimas inferiores todas hiende,
I acà encamina su corriente horrenda;
Arboles, chozas en su lava enciende,
Al punto, al punto ya en la fuga emprenda
La gente toda;» pero inerme yace
Por que perder la vida mas le place.

XXIV.

Con la muerte cercana, que le siente,
Quien una cruz improvisada besa,
Cual en el labio i en la yerta frente
Al moribundo y en su afan no cesa.
Quien estrëcha con su mano ardiente
La que pàlida, muerta aun le embelesa;
Quienes en negro funeral regazo
Muertos se encuentran en postrer abrazo.

XXV.

I ateridos de frio, la voz lenta,
Dificil el respiro, la mirada
Sin brillo i sin accion ò turbulenta,
Corto el paso, la faz desencajada;
Tal se miran los sanos; macilenta
El alma toda para si y cortada,
Ni èl malhadado porvenir le acosa
Sino en cuanto alza la funérea losa

XXVI.

Por varias calles i marchitos prados
Las aguas tienden su voluble velo;
Con pié violento i en mugir ganados
Retemblar hacen el movido suelo;
De espesos montes con fragor nevados
Se desprenden tomando fuerte vuelo;
I en convulsiones de la cima rota
Inmundo sieno vaporoso brota.

EL AMANECER.

I.

I en tanto ¡oh cielo! lívida la aurora
Sobre la eterna noche suelto habia
El màs ansiado velo, i bullidora
Los rayos apartar deseará al dia:
No es saludada por las aves ahora,
No ve altura en verdor que la sonria,
Solo hay bajo amarillos horizontes,
Rompidos valles, desplomados montes.

II

Precursora del sol, que ver espera
Un eterno verdor en cuanto mide
La regiòn de Imbabura, desespera
I el luto en tres girones lo divide:
Cuando mira la roida cordillera,
Piedad, era ya tarde, al cielo pide.
I cuando el erial todo del espacio
Quisiera evaporar su alto palacio.

III.

I así prorrumpe toda contristada:
«¿A do la gloria fué? Solo negrura
Llena quella comarca ¡desolada!
¿Que hizo el Omnipotente en Imbabura?
Reliquia suya, con el llanto ahogada,
Ha quedado una parte à desventura.
Ella....Imbabura ¿qué de espanto encierra?
¡Ella es....sus montes, su redor, su tierra!

IV.

Ella.... Imbabura. Pero ¿que atronante,
Poder se da en la tierra de tal fuerza
Que acaso en la medida de un instante,
Cordilleras i montes los retuerza;
Que mar, islotes, valles, los levante,
Los sacuda en final, y tal ejerza
Furor que al cielo asalte? De este abismo
No es la sombra el presente Cataclismo.

V.

Ella es....descuellan à su norte bello
Tulcan i Tusa, pueblos que en la prueba
En su frente han ceñido aquel destello
Que el cielo en verde rama al sol eleva:
De maldiciòn terrífica al tropello
Detente, han dicho, màs acà no mueva
Un paso tu exterminio; pero miran
En ellos varias ruinas i suspiran.

VI.

Ella es: olvida sus vecinos lazos
Impàvida Caranqui, como alguna
Fomentara venganza....con los brazos
Cruzados mira que la atroz fortuna
Sobre victimas pese, en mil pedazos
Infelice el Ibarra que, importuna
Moribunda la voz, auxilio implora
A quien muy pocos muertos tal vez llora.

VII.

Y vense ¡oh Dios! mil grietas que buscaron
El seno de la tierra en conmociones
De honda trepidacion, donde volaron
Del monte entre la nieve altos peiiones;
I à distancias enormes deslizaron
Ya recuestos inmensos, ya erupciones
De pestifero lodo....i lava ardiente
Requema el valle de antemano hirviente.

VIII.

¡Qué espanto! ¡qué terror! En llano, en era,
En hondura aqui, allà con rompimiento
Todo el cesped volteado, cual lijera
Pluma al amago de raudoso viento.
De una vez de rais profunda, entera
Yace arrancado el àrbol corpulento,
I la tierra ha cambiado inconsistente
Su faz con capas de su seno hirviente.

IX.

Cual Saturno cruzàra el corvo arado
Por valle, cordillera, por montaña,
Siguiendole la muerte en desenfado,
Blandiendo al aire denso la guadaña,
Todo se ve deshecho, esquivo, helado,
Todo tinieblas que la aurora baña,
I ya los vientos llevan adelante
Cuanto en sus alas quepa deslumbrante.

X.

Más espanto à causar cruzan los vientos,
Suspéndese del Ambi la corriente,
A desplomes se siguen hundimientos,
Su base el monte temblorosa siente:
I peste i hambre i sed sus ardimientos
Ya lanzaràn do quier se halle viviente.
¡Qué....el anciano à morir, i el niño tierno
No bien lo abandonó el seno materno!

XI.

Do quier montòn de bàlago allí miro,
Cadàveres tal vez.... intensos huecos
Do ha perdido el arroyo el noto giro
I dado su lugar à escombros secos!
¿Què miasma pestilente à este retiro
Alcanza entre el zumbar de rudos ecos?
¡Oh la imagen de Dios las ruinas hunde
I entre los muertos brutos se confunde!

XII.

I à mil i mil cadàveres que inflara
La estación climatólica en influjo
De erupciones mortales, les depara
Sòlo el aire entre el sol ancho rebujo.
Ni el celo del pudor sensible ampara
A los que viven aun....à esto redujo
La demencia tal vez que no tiene arte,
I la indigencia actual por otra parte.

XIII.

I macilentos ojos la viviente
Muchedumbre lèvanta entre clamores
Llena de contrición en cuando siente
De muerte los fatídicos dolores.
La conciencia labar en la alta fuente
Que del cielo reüne surtidòres,
Delante el èxistir por un portento,
Es su ùnico fecundo pensamiento.

XIV.

I en última agonía desperados
Moribundos se ven de trecho en trecho,
Dispersos, cerca, lejos, hacinados,
Ya de espalda jadeantes, ya de pecho,
Ya lívidos i yertos asomados
De entre la tierra ó el derruido techo,
Ya en las pendientes, escabrosas peñas,
Ya èn las profundas, desgreñados breñas.

XV.

Miles, miles cadàveres al viento
I al sol, regados por el triste llanto
De la aurora i de deudos sin aliento,
El suelo cubren con horrible espanto:
Pasaron ya el infausto enjuiciamiento
Que aun en el justo infunde terror tanto,
Màs fué el virtuoso Trejo à la cabeza
Por sobre la tartàrea fortaleza.

XVI.

Asi en Cuaspud el campo de batalla,
Donde el dios del terror paseara fiero
Su terrible carroza entre metralla
I al furioso estridor de ardiente acero,
Palpitando enseñó con voz que estalla
En el pecho divino, justiciero,
Còmo corre la sangre sin historia,
Solo legando al mundo una memoria.

XVII.

Dime ¡oh tierra! vuestra face tinta
En sangre miro: ¿qué hecho atróz, nefando
Castiga así el Señor que ni esa estiuta
Materia inmovil la dejais? ¡I en cuando
Mil convulsiones cada cual distinta
En fragor sigan vuestro polvo alzando,
Más, màs la agitareis, i en algun modo
Disuelta la vereis en negro lodo!

XVIII.

Pero os oigo decir: del justo el alma,
Sin llegar à la llama depurante,
Bajo de una paloma y de una palma,
A la inmensa region sube triunfante:
Para ti, alma del justo, es suave calma
El fiero Cataclismo, id adelante;
Para el alma inferior, amago tierno,
Para el gran pecador, castigo eterno.

XIX.

Tambien me decis, que el justo amado
Del Señor sobrevive entre mil fieles
Para ser de costumbres un dechado,
I aquellos à que labren los laureles
De la inmensa corona. Aletargado,
Devorando del mal las crudas hieles
Si algun nùmero vive, el merecido
Castigo en ello lleva embebecido.

XX.

Mirad ¡oh pueblos! por el ancho suelo
Caidos vuestros hogares en destrozo,
Ayer objeto de estremado anhelo,
Hoy de dolor, de llanto, de sollozo:
Ayer testigos de ira i rudo celo,
Dè rencilla é impùdico alborozo,
Hoy un terrible osario que os enseña
Còmo à no existir todo se despeña.

XXI.

I ¡ay! ved allì un angel se prosterna
Donde la càrcel fué: todos murieron.
¡Càrcel! sarcasmo de la luz moderna,
En el alma tus hierros recrujieron.
La inocencia tal vez con su voz tierna
A los hombres hablaba que debieron
La santa libertad, el dòn precioso
Devolver que la diera el Poderoso.

XXII.

Por imberbes rapaces el anciano
Sus canas viò mofadas, y su culto
Que fuera el de sus padres, como vano
Mirado i propio de este país inculto:
La discordia, el orgullo màs insano,
Odio, perfidia, beodez, insulto....
Todo al cielo irritò, todo à este dia
Bajo ancha sombra sin cesar venía.

XXIII.

De la ruina brotadas aun revuelan
Las hojas sueltas del atroz libelo,
I las que el mundo consternado hielan,
Repletas de ambiciòn y torpe duelo:
Ved rodar hojas i hojas que revelan
De la terca impiedad el impío anhelo;
Ved esas otras que el infierno acopia,
Son de erotismo asaz copia de copia.

XXIV.

No te ocultes, perjurio, mi voz alta
Descendida del cielo te condena;
Tu ennegrecida cola ya resalta,
I tu garganta pérfida aun resuena:
Cual negra sierpe la calumnia salta
I à los pies de tí infame se envenena,
De tí que al interés dieras la mano,
I à la lisonja i al respeto humano.

XXV.

Sin esperar de paz generadora
Nobles instituciones, funerario
Traido por ambición devastadora
De alta revolución fuego incendiario
Cada vez se agitò, i à su invasora
Sangrienta luz llevasteis tumultuario,
Demagogos, el pie; ¡pero el gemido
Del infortunio no llegaba al oido!

XXVI.

Sobre hijos que estos pueblos habitaban
La llama eterna miro levantarse;
¡Ay! que à una madre i à su amor odiaban,
Corriendo en pos del vicio à encenegarse.
I cuantos que tras golpes, golpes daban
A sus buenas mujeres, sin pararse
Ante triste actitud inerme, ardiendo
Ruedan allà, los dientes recrujiendo.

XXVII.

¡Ay! destruidos al ver estos altares,
El ara del Señor toda partida,
Las sacrosantas formas à millares
Convertidas en tierra envilecida,
Jùzguese por què nube de pesares
Habeis hecho pasar la pobre vida
Del inocente pàrroco que oraba,
I el camino del cielo os ensefiaba.»

XXVIII.

Dijo; i la Aurora en alas de armania
Por el alto horizonte, de sus ojos
Iba vertiendo llanto, y su luz pía
Lo ostentaba en los míseros despojos:
I al perderse esclamò: «¡Muerta alegria,
El Edeń de esmeralda vuelto abrojos,
Que ha destrozado el hacha asoladora,
I que el fuego distraido no devora!»

XXIX.

I oirse como estas voces parecia:
«Yo soy que asì persigo à la Imbabura
Devastaciòn sembrando, i habrà día
Que en ceniza la trueque i en hondura.»
Reyna ese oscuro Sèr: su planta impia
Se ve i se siente, que en atroz presura
Recorre los contornos del imperio
Que Luzbel entregò à su magisterio.

XXX.

Si no ese oscuro Sér ¿que preparaba
Desaliento constante el sacro ruego
Para enviar al Señor? ¿qué ya llevaba
A creer que era obra del destino ciego
El triste Cataclismo? ¿què inspiraba
La idea del suicidio? Acaso el fuego
De indòmitas pasiones; pero habia
Misterio que el concreto traducía.

XXXI.

I no pocos con làgrimàs, que asean
La empolvada mejilla, ven ya llama
Del cielo descender, i claman
Yéndose al seno de frondosa rama:
Pero otros màs escéntricos otean
En contorno, i la tierra que derrama
El centellante viento les parece
Enorme fuego que en el aire acrece.

XXXII.

Quizá otros màs filòsofos reservan
En sus adentros su opinión, gimiendo,
Que no màs qne unas ráfagas observan
Rebullir desde el sol en modo horrendo.
¡Sobreviene un temblor! allí se enervan
Los giros del pensar que iba subiendo;
I allí tu pueblo ¡oh Dios! en ruina, en llanos
Alzaba à tí sus macilentas manos.

XXXIII.

I no oiais, Señor....que sus clamores
Tarde fueran à ti, tarde....ó. al menos
Sus penas, sus angustias, sus dolores
Aun no lustràran sus inmundos senos:
Aun se alarmaban sin cesar temores,
I los espacios por la sombra llenos
De hòrrida muerte aun no han agotado
El fuerte càliz de tu ceño airado.

XXXIV.

A veces vuelven el semblante yertos
I en sentidos, en mente, en fantasìa
Los rostros se retratan de los muertos
Con sensaciòn medrosa, astiable, fría.
La vida, el cielo mismo estan desiertos
O son ensueño que en terror porfia
Por hundir en escombros aterrantes
Cuantos quedàran en el país errantes.

XXXV.

I sòlo entre escombros por acaso,
De la desolaciòn cual centinela,
Aquí, allà en desplome se ve escaso
Un caserìo, un muro que al sol riela,
O de edificio un àngulo: asì el paso
De impetuosa corriente que debela
La floreciente playa, deja erguido
Apenas un monòlito perdido.»

LA ALTA MAÑANA.

I.

Sube, ¡oh sol, al cenit i allí detente!
Cuán otra Imbabüra se presenta
¡Ah cuán otra se ve desde su oriente
A su ocaso tendida, macilenta.!
En escombros i tierra hunde su frente,
Su corazón escualido no alienta,
I ni las manos alza al santo cielo
Por que quiere morir en desconsuelo.

II.

Triste Imbabura ya del rol borrada
De los pueblos; empero ¿quê atronando
Voz se alza de su tierra destrozada,
I terrorosa la dice amenazando?
En miseria i en llanto sepultada
Sereis, pues tu gran sér en el nefando
Se perdió para siempre....tu riqueza
Que reunió de tres siglos la entereza.

III.

I un flamìgero velo el sol tendìa
De su tòrrida zona el de màs fuego.
¡Ah còmo presentò la fantasía
Nieve, verdura, sombra, fuente, riego!
¿I ese tartàreo ardor satisfacía
Al sol? Quisiera en llama ardiese luego
La patria, no, que en ascuas idealiza
Como verla de un rayo hecha ceniza.

IV.

Subterràneo rumor en el crujido,
En el fragor empieza; despeñado
Del monte revolando remecido
Por la elèctrica llama acribillado,
Cual todo el aire fuese sacudido
Por el sumo poder del Increado,
¡Ay! en el llano tembloroso estalla
I el espacio sin fin cunde, avasalla.

V.

Revestìdo en fiereza el torvo cielo,
Reina un oscuro Ser i entre pavura
Agita los trastornos sobre el suelo
I en derrumbes catàstrofes procura.
Sólo el ¡ay! del dolor i el desconsuelo
A hogàndose en si mismo se apresura,
Do quiera que hay viviente segregado
Del primer golpe del destino airado.

VI

I aquel Sér forma la corriente densa
Que à trechos en la faz estremecida
De la tierra resàlta, cual estensa
Refraccion en laguna remecida:
Como una sola deslumbrante, inmensa
I brilladora ràfaga encendida
Se ostenta el aura, i el azul del cielo
Vertiendo estrellas atrafa al suelo.

VII.

Espejo brillador, el sol luciente
La comarca ilumina i sus reflejos
Son de cobriza làmina candente,
Pero màs rojos, rudos i complejos;
I à el ala de la brisa, de repente,
O de eléctrico impulso à los despejos,
Se separan, se adunan, se confunden
I por sobre la arena se difunden.

VIII.

I nadie à ruinas apartadas llega
Por auxilio prestar à los que viven.
El llanto lejos de ellas no se riega,
Ni una mirada de pesar reciben:
Cuàn en vano ¡ay! en lágrimas se anega
Su cavidad i en sangre. ..no perciben
Los que allì yacen de la luz el giro
Ni de los vientos un fugaz suspiro.

IX.

Cómo quisiera yo que el dulce cielo
Su mano poderosa reflejando
A míseros tendiera que en tal duelo
Se miran mortalmente desperando;
De la horrorosa muerte el duro hielo
Les penetra, les mata presentando
A su mente tan sòlo en los redores
Desolaciòn cercada de terrores.

X.

Pero ¿quièn allì llora i de esta suerte
Dice yerta à un cadàver? «¿A qué el dia
De ser tu esposa vino, si la muerte
Llega à cortar en flor la dicha mia?
Una mirada sola à mì convierte,
I por ùltima vez esta alegrìa
Serà mi cielo ¡pero no, aquí muera,
Vengan mil muertes à quien nada espera!»

XI.

El llano entero llora, el viento brama;
I el árbol del mortal el duelo imita,
Bota las flores de la mustia rama,
Destila polvo, suena, se marchita;
I, trocada su sombra con la llama,
Siente en su tronco que su cuello agita
Lànguido el moribundo i al instante
Remece su ramaje centellante.

XII.

I fiero espanto desenvuelve el viento,
Mientras do quiera giran en aullido
Perdidos gozques, el mirar sangriento,
El muso à tierra, el corazòn partido:
La ilusiòn les presenta el mismo acento,
La misma huella, i afanar i ruido
De los seres amados, i suspiran,
I angustia, i ayes i dolor respiran.

XIII.

De vivos i cadàveres no cesa
La estraccidn ominosa, empero falta
Ya el primer entusiasmo, que atravies
El hastio à los muertos en forma alta.
Mas el viento impetuoso, nube espesa
De polvo ardiente levantando, asalta
La debil fantasía, i vese luego,
Adonde no hay volcanes, humo, fuego

XIV.

Cual saliendo de ruinas pestilentes,
Deshechas las entrañas, fuego aspira,
Devórale la sed; pero las fuentes
Cegadas encontrando, en torno mira:
Cual à ellas va arrastràndose, impotentes
Sus brazos i sus piés, mas luégo espira:
I cual ya queda, Tàntalo sediento,
A la màrgen del rio sin aliento.

XV.

I de amargura i de dolor helados
Cuantos la frente estregan en la ruina,
Bajo la cual inertes, destrozados
Sus deudos yacen en la paz divina.
I en redor de otros restos hacinados,
¡Ay! donde el sér de algunos ya termina,
No menos que de muerte entre dolores
Se ven tantos de pàlidos colores.

EL NUMEN
DE ESPERANZA.

I.

¿Alto con quien no habla i con aliento
Generador de vida la esparanza?
Aun al caer en la tumba en desaliento
Su nùmen ve una dicha en lontananza.
Asì siempre aspirar con ardimiento
Le es dado à su ilusiòn, y acaso alcanza
Subir sobre un clarisimo horizonte
Del supremo Hacedor al sacro monte.

II.

¡Dulce esperanza! desde el cielo mismo
Su voz al oido del mortal resuena,
I su rocio süave en el abismo
Del corazón penetra en toda escena.
Su irradiadora luz su misticismo,
Do quiera la mente alta, luego llena
De placer, de confianza, de consuelo
Entre la angustia que permite el cielo.

III.

I el Nùmen de esperanza el pié elevado
Ya en rios, ya en peñascos, ya en llanura
Lleno de luces lleva i lo ha asentado
Sobre el supremo punto de Imbabura:
Es el genio custodio: eslabonado,
Con prolija adhesión i con tersura,
Lo presente i futuro, todo de hecho
En su mirada pasa, i en su pecho.

IV.

I todo él reluciente, en forma humana,
Viste sus gigantescas proporciones,
Tomando de la nieve luz mediana
I de un bello zafir las vibraciones;
Le presta sus encantos la mañana
I la mente exaltadas efusiones,
La libertad le inciensa con decoro,
I le derrama el sol sus rayos de oro.

V.

Fragante como el càliz de las flores
Que el agosto produjo, él ameniza
Todo el azul etéreo que en fulgores
La derruida Imbabura contraliza.
Hizo un punto cesasen los temblores,
I su amor a los pueblos patentiza
I à su virtud, i gloria i adelanto,
Regando en su mejilla breve llanto.

VI.

De Imbabura en la cûspide estupenda
Su colosal figura, cuya sombra
Sobre el Càjas desliza reverenda,
De nùbes pisa la flotante alfombra:
I por que su corazòn todo se encienda
En el divino fuego, al Señor nombra,
Ante quien el espacio està de duelo,
I se prosterna vamboleando el cielo.

VII.

Vuelta al norte su sien de llama viva,
Profunda i ondulante su mirada,
Su sinietra que empuña verde oliva,
Sobre su ancho hombro eleva descuidada;
Su diestra al ademan pronta, espresiva,
Con frecuencia caerá solevantada
Profunda i ondulante su mirada.

VIII.

I à un fortìsimo golpe de su planta,
Que con un temblor tenue coincidiera,
Del Intag à Angochagua se levanta
I del Carchi al Cajas la atenciòn ligera:
Ya ve suspensos de su fiel garganta
Los pueblos todos que mirada entera
Clavaron en su forma; màs su frente
Un punto se tornaba hacia occidente.

IX.

Salud, nûmen de Dios, bella esperanza;
Tû en el gran corazòn del pueblo alientas,
I tu alta aspiraciòn el vuelo alcanza
De esta mi mente que à tu planta asientas.
Ya escucharé tu voz en la confianza
De que la fé sublime que me ostentas,
No traerà à estos pueblos algo extraño
Ni al corazòn que te ama un desengaño.

X.

A tu huérfano ved, de tu densa ala
Suspenso, al pueblo que en sus mil pesares
Subiendo triste por tu verde escala
Va à ofreceros incienso en tus altares.
Tù su espiritu adornes con la gala
De las flores, i la àncora en los mares
De la ruina seràs hasta que el cielo
Tienda su manto para alzarlo en vuelo:

XI.

¡Qué es ver, oh Nùmen poderoso, alzarte
De este monte á la cùspide! ya sube
Sùbito al Olimpo allì à engolfarte;
Pero no.... baja de entre densa nube,
Baja, i que cada sèr contigo parte,
Como con su alto cielo el buen querube,
En sus destinos tenga, i en todo oido
Suene tu acento por el aire hendido.

XII.

¡Qué es oir tus acentos! adelante....
Con tu brazo remueve sus sentidos.
Su corazòn, sus almas....fulminante
Llevad à todos de tu sér poseidos.
Muéstrate, cual siempre, dulce amante,
I en contornos por vos esclarecidos
Revela lo futuro à la Imbabura
A que en los siglos lusca su ventura.

XIII.

Màs, màs seas ¡oh Nùmen soberano!
Màs que el espíritu que en Dios se evoca
Para alzarle en laurel contra el arcano
De la muerte. El divino auxilio invoca
I una vez mas aparta aquella mano
Que pesa ya con arrogancia loca.
No màs muerte en tu pueblo, sino aquella
Que està marcada por divina estrella.

XIV.

Tu de fé i caridad ala divina,
Luz de todas virtudes adornada,
La niebla de tu pueblo ya ilumina,
Saca su pié del polvo de la nada.
Al progreso, à la gloria le encamina
Por senda todavia no observada,
Tal que de los desplomes de granito,
Se vea que ha subido à lo infinito.

XV.

«Yo oigo», esclamas con la voz de trueno,
I con ojo que abraza cielo i tierra;
«Oigo ¡oh pueblos! cüànto no sereno
En borrascas el mar al frente encierra;
Oigo el hondo crujir en desenfreno,
Con que el cóncavo monte fiero aterra,
I veo que este vuestro mal destino
Aun no desarma, no, el furor divino.

XVI.

Hundiendo en aspereza i levantando,
Las erupciones que los campos bañan
Arrastran caseríos, i arrollando
Aun cuanto en su violencia desentrañan,
Ambulantes colinas semejando,
Ora hondas quiebras à formar se encañan,
Ora de lomas los egidos llenan,
Ora à gran trecho su corriente enfrenan.

XVII.

Seguirán en los montes hueco ruido,
I los vientos i polvo, sustos dando;
No faltarán derrumbes, ni chasquido
Eléctrico en el aire; pero aun cuando
Temblores se sucedan, nunca herido
Será el contorno por el genio infando,
Con igual infortunio: Dios lo quiera,
El Dios á quien dareis el alma entera.

XVIII.

En estos pueblos donde quier descuellan
Los que procuran dar á alguno amparo,
Sí, en los escombros erizados huellan
Para abrir prestos al que gime un claro,
Cuando á los moribundos atropellan;
Empero ¡ay! cómo anda el desamparo
En ruïnas inmensas.... ni un momento
En sus dsiertos se oye humano acento.

XIX.

De descomposición insana vuelan
I de la muerte fétidos alientos,
Que sobre ruina más pungentes cuelan,
I en hastío producen desalientos.
Mas de miasmas al traves revuelan
De vez en cuando depurantes vientos,
I hacen que permanezca siempre activa
La sensación á nueva i agresiva.

XX.

Todos i nadie de su mente dueño,
De improvisada veste van à armarse;
Cuantos principian con febril empeño
Por mil falsos recuerdos à intimarse;
Cuantos triste el semblante, limpio el ceño,
Llegan, depuesto el odio, à bien amarse,
I cuantos lloran por el muerto hermano
Que incólume le tienen de la mano.

XXI.

Dentro i fuera de ruinas dànse voces,
I alaridos i llanto que entristecen.
De pesebres derruidos los veloces,
Voladores caballos reaparacen,
I desgarran el alma; cuàn feroces
Sus ojos infernales estremecen,
I en su carrera víctimas hollando
Vanse, i tornan i cruzan resoplando.

XXII.

I dentro i fuera el mal se precipita,
I entre sombrias nubes arrebata
Mil i mil existencias, i se agita
Cual poder inmortal que nada acata:
Ante él la creaciòn se ve maldita,
I en un nuevo furor la desvarata
De momento en momento, sacudiendo
De la tierra la faz en modo horrendo.

XXIII.

Bajo de àrboles anchos, de ramadas
A la sombra, por fin, cual màs las cupo,
Huérfanas tristes, viudas desoladas
Se ven formando del dolor un grupo:
Escuálidas, inermes, demacradas,
Moribundas tal vez [que bien no supo
La piedad distinguirlas] sólo al cielo
Hacen presente su espantoso duelo.

XXIV.

No solo entre estos seres, en do quiera
Al màs ligero golpe, al leve ruido
De derrumbe, de voz, natura entera
Parece amenazar en un crujido:
¿Què sombra no levanta una pantera?
¿Qué ténue sensaciòn no trae gemido?
Empero ¿qué si el èter se abre un trazo
I la tierra retiembla en su regazo.

XXV.

Cuàn solícitos, tristes, pavorosos
Aun las ruinas remueven, donde campa
La muerte entre sus hierros desastrosos,
O donde ha impreso su terrible estampa.
Cuàn en vano entre afanes anhelosos,
Parte en sus toldaduras mustia acampa,
Si esperanzas no quedan à la vida
Sobre abismos i abismos remecida!

XXVI.

I niñas vuelan de la nada al seno
Cuàntas de entre la luz de la inocencia,
Cuantas en quienes el bullir sereno
De la ilusión reluce en su existencia,
Cuantas que el corazòn de dicha lleno
Le bañan del altar en dulce esencia,
I cuantas que el laurel de la esperanza
Mundanal les refleja en venturanza.

XXVII.

I ancianos reducidos à aquel punto
Que les trazò la muerte mas astiable,
De jovenes robustos vense junto,
El tributo pagando inexorable
Ante vivos i muertos....qué conjunto
Para vivos i muertos espantable,
Qué eternidad, qué abismo, cielo eterno,
En todo el frente del profundo infierno.

XXVIII.

Insepultos cadàveres el paso,
Los campos i las vegas, los escombros
I las toldas ocupan....à un escaso
Sepulcro no les llevan pios hombros:
No un rato falta lamentable caso,
Présentanse mil males entre asombros,
I pestilente mìasma el aire abriga
I al carro de exterminio este país liga.

XXIX.

¿A què con llanto levantais al cielo,
Oh! imbabureñas madres, vuestros ojos?
¿A què el dolor cebais i el desconsuelo,
Tiernas acariciando esos despojos?
¡Ay! la vida halagüeña en duro hielo
Solo un monte de espinas i de abrojos
A su planta tendia, à fuer el tema
De los principios en su faz extrema.

XXX.

Llorad ¡oh hijos de Imbabura! al lado
De vuestras yertas madres: cuàn vehementes
Sin su plegaria al cielo i su cuidado,
Se enzañaràn las penas à torrentes:
Si no podeis llorar, por que ha secado
El fuego del dolor ya las vertientes
Que guarda el corazón, pedid al cielo
Que os conceda el gemir del desconsuelo.

XXXI.

Tropel sordo de gentes desvalidas,
I gritos i ayes todo el viento cunden;
¡Quién decirlo podrà! no espavoridas,
No espantosas, no escuàlidas que se hunden
En negra tumba, no, si de esta extraidas
I que con la vil muerte se confunden,
Para dar espantoso desconcierto
Al àngel que viviera en el desierto.

XXXII.

I nadie à aislada, mìsera cabaña
Que entre vivos cadàveres sepulta;
Nadie al sombroso albergue de montaña
Que la agonìa màs fatal oculta;
Nadie al viajero cuya vista daña,
I nadie al hombre de la selva inculta
Moverà compasivo un leve paso
Ni el pensar enviarà por un acaso.

XXXIII.

Pero habrà, al parecer, hombres expertos
Que las muertes que hiciera el Cataclismo,
De otro mundo à poblar altos desiertos,
Manden que se registren en guarismo.
El que à montes i valles tiene abiertos
Los hondos senos del mortal abismo,
¿Harà ostensibles à la vista vana
Los tristes restos de la especie humana?

XXXIV.

Por valles, quiebras, montes no camina
Ni cervato, ni liebre, ni revuela
Al azul del espacio golondrina,
Ni por el suelo mariposa riela;
Todo à lùgubre duelo se destina,
Todo profundos males aun revela;
I el carnìvoro alado yendo al muerto
Devora à ocultas algun tanto yerto.

XXXV.

I del cóndor la pluma sclamente
De entre lodo desparce la vislumbre
Que alumbrò de Bolívar la alta frente,
Cada vez que el laurel le dió su lumbre:
A esto la repüblica esplendente
Camina, vuela de la extensa cumbre
Que el héroe de Colombia levantàra,
I quizà à màs desastres se prepara.

XXXVI.

Càpas de fósil i de arena espesas
A su màrgen aparta el turbio rio,
Vence enormes derrumbos, sobre ilesas
Playas domeña su imponente brio;
I ya ruinas arrastra i frias presas
De los contornos que à su paso umbrìo,
Demolidos hallàra, i no muy tarde
Darà al océano fabuloso alarde.

XXXVII.

De ganados bandada por sustento
I de sed desperando, ora se aleja;
Todo el espacio asorda i el tormento
Que lleva en el balido màs aqueja;
Ora tornando invade en desaliento
Lo que suave verdura le semeja,
Ora dispersa corre à igual engaño,
I ya no serà en màs lucio rebaño.

XXXVIII.

No se esconde, pardiez, à estas alturas
La estensiòn de esas selvas elevadas,
Donde viérase el hombre acaso à oscuras
Cuando el dia en mitad: ya destrozadas
Son rodales do quier, do quier honduras
Que à la ciencia se brindan: i espantadas,
No se sabe en que infierno, lastimeras
En horrìsono grito estan las fieras.

XXXIX.

Destrenzàndose en ondas bullidoras,
Sin reflejo ninguno, doble agita
La laguna su seno, i tristes horas
Recorre en cuando lànguida dormita:
¡Oh! tambièn de reliquias invasoras
Se muestra toda con pesar ahita,
I à la voz de las brisas no responde
I en su juncal los ànades esconde.

XL.

Ah! que ha rodado la funerea losa
I restos ha espelido el cementerio;
Alzan los vientos ala clamorosa
E invade el sol el funerario imperio:
Què? ¿la opaca ceniza no reposa
Ante el terrible é inmunlo magisterio
De la implacable muerte? ¿ò ésta acaso
Quiere à otras haces despejar el paso?

XLI.

I ved ¡oh pueblos! esa negra turba
Que, caido el cuello, levantada el ala,
Retrocede veloz, torna, disturba,
I en palpitante entraña se regala.
Despues de su festin, reentrante curba
Traza ó en recta se uniforma, è iguala.
¿Se les ve entre las nubes revolando,
O recogidos bajo el hombro blando?

XLII.

Feroce, hambriento lobo ya abandona
El pajar que habitaba, i tiende el ojo,
Con esa sed de sangre que le encona,
I presa al no encontrar vese en enojo;
Empero de una vez entre la zona
De selvoso espinal ó sea rastrojo,
Se interna cautamente, i ya sin ruido
Se ve dentro de un chozo allà derruido.

XLIII.

¡Bien venidos afanes! Se devuelven
Los muertos à la tierra: sigan, sigan
Los afanes ¡oh pueblos! ¿no les vuelven
Siquiera el rostro al cielo? ¿no los ligan
Ni con la misma tierra bien envuelven
En comunal sepulcro? Empero abrigan
Una piedad profunda, cuyo premio
Lo hallarán de los santos en el gremio.

XLIV.

Mas à resueltos para dar espantos
Quedar veo en las breñas insepultos,
I vueltos polvo bajo ruinas cuantos,
I mil en modo misterioso ocultos:
¡Ay! de altos rios por el cauce, tantos
Camino al Esmeraldas los insultos
De atroces peces sufriràn, ó à buena
Suerte un sepulcro se hallaràn de arena.

XLV.

-Làgrimas vierte si testigo fuiste
Del Cataclismo que darà à la historia
Mil pàginas de luto, al dolor triste
I à la vida hechos de fatal *memoria*:
Compasiòn ¡oh Seïior! si aquì viniste,
Compasiòn mientras damos à Dios gloria-
Tal, dijo un moribundo que veìa
Sus hijos i su madre en agonìa.

XLVI.

I otro no lèjos en un ¡ay! decia:
—Venga la muerte, venga, no dilate,
La muerte i que termine mi agonìa.—
Fecunda en sus sorpresas, su combate
La muerte mantener parece impía
Hasta el momento mismo en que no late
El corazòn mortal, i hasta el momento
Que el ànima à Dios pasa en raudo viento.

XLVII.

¿I ois, oh pueblos, el funesto ruido
Que hace lànguida al caer la pasionaria?
¡Ay! no es màs que el fùnebre gemido
De dos almas cada una solitaria:
Por Miguel i Rafael con llanto os pido
Debida à la amistad una plegaria,
Que ¡ay! ha impreso en las corales sillas
El àngel del vacío ambas rodillas!

XLVIII

De ti, filipense, que amistosa mano
Tendiste al trovador, i en tus altares
Su salvaciòn pedias ¡cuàn cercano,
¡Ay! andaba tu fin! De entre millares
Que da à estos dias el revuelto océano,
Ninguno màs la hiel de los pesares
Que tù, Trejo Francisco, en desconsuelo
Derrama para siempre en este suelo.

XLIX.

¡Oh Conceptas del cielo habitadoras,!
¿Por el que en sacra reja, el oido atento,
Dirigiò vuestro espíritu, canoras
En coro celestial, algun concento
Encaminais à Dios? ¿Veis las auroras
Lìvidas que circundan el convento,
Que restos solo reune, ya espirando?
Rogad à Dios, rogad: vivid amando.

L.

Si vive el trovador por el empeño
De Providencia que guardò su nada,
Cuanto à su oraciòn en desempeño
De lo que os debe le serà la dada
Por la divina gracia que el perjeño
A su arbitrio dispone embelesada:
Vulgar plegaria acaso; pero ni ésta
Si à su nùmen escaso no se presta.»

SANTA MARIA

DE LA ESPERANZA.

I.

«Al progreso el espíritu se rinde,
I en temblor é impiedad progreso otea;
Pero habrà sacerdote que nos brinde
Con las selvas hojosas; i en su idea
Concebida tal vez bajo algun dinde
Del Guàyas, sin cesar se pavonea;
I con péñola en mano, el rostro ledo,
Nos señala hacia el Napo con el dedo

II.

I à todas horas sin cesar retumba
La cavernosa ruina: sus infestos
Perniciosos ya apestan, negra tumba
Son los redores de medrosos restos.
De vecinos peñascos se derrumba
La desquiciada mole, i los funestos
Golpes del huracan sacuden tanto,
Que el alma llenan de dolor i llanto.

III.

¡Ay! de antes lindos suelos, do habitaron
Las gentes numerosas, ya se ausentan
Parte por parte ¡oh Dios! las que salvaron
I á prolongar la vida se presentan:
¡Ay! en hastio i peste se alarmaron
Las tumbas con el ruido que sustentan,
I hanse elegido, de la ruina al frente,
Varios pueblos el campo màs luciente.

IV.

Ya en ellos el raudal de la amargura
Calmarà i el de lágrimas; ni horrible
Os acosarà ¡oh pueblos! la tristura
Que la ruina conserva en faz terrible;
I ellos lecho de flores en su altura
Mañana regalaros bonancible,
Mañana se prometen....premio tanto;
No os lo hace ver acaso el turbio llanto.

V.

A ellos vendreis de pàlidos colores.
I à ellos luégo llegad, vivos despojos
De la irritada muerte, los furores
De la fiebre se mira en vuestros ojos.
Sentaos ahí de achaques entre ardores,
Locos, pobres, heridos, ciegos, cojos;
Sentaos allí al razo, ò á enramada
O à tolda si la suerte està apiadada.

VI.

Oh! llegad, ibarreños, sin tardanza,
De Imbabura à la falda que se muestra
Sobre alegre paisaje en, venturanza
I la cèlica dicha serà vuestra:
Su esclarecido nombre es La Esperanza,
La sostiene el Señor sobre su diestra;
Pero ¡infèlices! si quedais sin cielo
Por ese que os arroja de su suelo.

VII.

¡La Esperanza! su pampa luminosa
De verde con el brillo se reclina
A oriente de Caranqui, i espaciosa
Los valles todos como veis domina.
Allà, allà por el norte ¡cuàl reposa
Una nube entre blancas purpurina!
Así en hermoso porvenir florece
Esta Esperanza, i lúcida os lo ofrece.

VIII.

Llegad, que se presenta un dulce clima,
Un horizonte, un cielo, i una gloria
Que á la longevidad halaga, i mima,
I fama os creará nunca ilusoria.
Llegad, la prosperidad en esta cima
Hablará con los ecos de la historia,
Que de antigüo corriera, y vereis de hecho
Que allá del Dios morasteis á despecho.

IX.

A incitacidn del cielo bienhadada,
De alma beneficencia una varquilla
En breve se verá de oro lastrada,
¡Oh Imbabura! tranyendo velòz quilla
De playas extrangeras; ya realzada
De auriferos colores ¡cómo brilla!
¡Còmo parte las olas ò se encumbra!
¡I ya el golfo del Guàyas la columbra!

X

Ya vereis una rama al Esmeraldas,
I otra á la Capital, sin encogerse,
Desde estas verdes florecientes faldas
La carretera sin igual tenderse.
Ya vereis de este monte las espaldas
Venturosas (se ha dicho) estremecerse
Bajo el peso felice de saucedos,
De olivares, moreras i viñedos.

XI

I à aquella parte de tu gente deja,
Deja, Ibarra, que salga: no tan lejos
De tì lànguida irà que en honda queja
No mire de tu sombra los reflejos:
Residuo, tenaz raiz, que no apareja
Bajo el brazo los míseros trevejos
Que le quedàran; pero, dando asombro,
Se guarece ¡infeliz! bajo el escombro.

XII.

¿En qué rosal el colibrí demora?
¿I dónde el jilguerillo en dulce trino?
El còndor imperial por allà llora,
Otra peña buscando, otro buen síno;
Acaso en otro pàramo se ve ahora
El cervatillo con mejor destino,
I el hombre, cuyo fin no es la vil tierra,
En ella el corazòn i el alma entierra.

XIII.

¡Ay! i su laud no entona sonoroso
Por acà el coro de Conceptas ¡cielo!
Cubierto de la escarcha el fiel Esposo
No viniera à la aurora en desconsuelo;
Ni alzarà sus cantares magestuoso,
Que arrancada serà del patrio suelo
La viña suya por horrenda mano;
Pero un castigo....no estarà lejano.

XIV

Del Señor es amada, su recreo,
Su mismo corazón: mirad, profanos,
No, no à ellos toqueis; pero allà veo
Altaneras alzarse inicuas manos:
Así el brazo de muerte su trofeo
Sobre el resto de flores en insanos
Hàlitos màs le agita..-.Su amargura
No os envuelva tal vez en desventura

XV.

I de la fatal nueva el eco triste
En alas de los vientos llega à Quito,
I hermosa de piedad su pecho inviste
Al cielo alzando clamoroso grito.
Iris de gracia i de consuelo fuiste,
¡Oh madre! ya al azul del infinito
La alta prosperidad tus pasos guia,
I ya el fecundo cielo te sonria.

XVI.

Orlado por los pueblos libres, à una,
De la àurea banda, un noble, generoso
Mira de la provincia la fortuna
Aniquilada en modo desastroso;
Aquel que al Ecuador sobre la luna
Deseara levantar pundonoroso,
Aquel que, de virtud un gran modelo,
Tiene su corazòn fijo en cielo;

XVII.

Cual primer magistrado liberales,
Piadosas ordenanzas, sabio, bueno,
Republicano dicta: à los anales
Legarà un nombre de virtudes lleno
Espinosa Javier.... Arcos triunfales
Ya el cielo te depara en su gran seno
Como la fama su corona erguida,
Que es la gloria i tormento de la vida.

XVIII.

Hasta que se unan al sublime aliento
Que criòlo el Señor en sus alturas,
¡Cómo, oh Javier, quisiera un monumento
Que tus cenizas guarde! son las puras
Palabras de mi fe. Estatua al viento
Que sea en las sillares màs seguras,
Que sea en esta tierra, i peregrina,
¡Para que la olvidada ultramarina!

XIX.

Ya à Imbabura llega con la ciencia
I el honor i piedad, la bienhechora
Mano que distribuya con urgencia
Cuànto à la caridad Quito atesora:
¡Llega Garcìa Moreno! ¿su impacieencia
Bastarà à contrastar ésta invasora,
Dura necesidad, à este gigante
Que creò el Cataclismo en un instante?

XX.

I llenan ya estos ámbitos perdidos
La ciencia, la piedad, las emociones;
Mas los senos del monte desprendidos
No dieron á la estampa producciones.
Quizá ánimos ya miren prevenidos,
Que la tierra, prestándose á excursiones,
Torva la causa del trastorno encubre,
I á regar una lágrima se cubre.

XXI.

¡Hambre! necesidad que no se viera
En dichosa Imbabura, la devora,
Carcoma la más dura, lastimera
Del negro abismo donde el hombre llora:
¡Oh! solo de esperanza la lumbrera,
Por que en el cielo bienes atesora,
Sostiene, de la muerte harta despojos,
Secos, contusos, pobres, ciegos, cojos.

XXII.

En el llanto, en dolor, en el despecho,
Las vírgenes, las madres, los ancianos,
¡Ay! de noche, sin fuego, luz ni techo,
Remiro al aire de desiertos llanos:
Rudos escombros, tierra son su lecho,
La plegaria al Señor juntas sus manos,
Su voz i pensamiento la impía suerte,
Su consuelo no más la amable muerte.

XXIII.

—Enviad à Dios el humildoso ruego
Que su cólera calme—; tales voces
Alzadas ó en murmullo corren luego,
Regando fruto sin igual veloces:
Hé aquí elocuencia que consigo el fuego
De la unciòn lleva; pero no asi atroces
Clausulones sin fin que el seso ahuecan
Mientras el corazòn marchitan, secan.

XXIV.

I uno su hogar excava, pero en vano,
Que es todo tierra ruin, i dà un gemido,
I desnudo i hambriento, si no insano,
Un espectro se encuentra espavorido:
¡Ay! volviò recogiendo el solo grano
Que en la senda yaciera, desprendido
De algùn saco feliz, i se temia
Que en él viera un ladròn la Policìa.

XXV.

I cuando el mundo todo se trasfunda
Por la noche en tinieblas, agitando
De los manes la sombra que circunda
Cada escombro terrífico, lanzando
Sus horrores la muerte, i su profunda
Acechanza el espíritu nefando,
¿Què ànimo habrà tan fuerte que resista?
¡Oh apartad de este cuadro vuestra vista!

XXVI.

Apartad esos fangos que os anegan:
¡Ay que à acibarar el leve resto
De la vida recuerdos se replegan
En la mente angustiada: son funesto
Arbol marchito, seco que doblegan
Los escombros sin fin; i son apresto
Con que la Parca invade vuestras vidas,
De espanto llenas, de dolor heridas.

XXVII.

¿Què de elegias, tristes desgarradas
Imàgenes dolientes, con horrendo
Zumbar de tempestad, aglomeradas
En vuestro seno se alzaràn rugiendo?
¿Qué hóscas apariciones, donde astiadas
Las armas del terror esten crujiendo,
De entre emblemas de muerte enfurecida
Turbaràn vuestras almas de por vida?

XXVIII.

I gotas salpicadas por diamante
Sòlo en muertos colores el rocío
Desparece ya: sus olas anhelante
Sin ilusiones el sinuoso rio
Triste desliza ya: màs desperante,
Sin nieve, sin soláz, en el hastío,
Este cerro su copa àntes apuesta
Inclina à la comarca màs funesta.

XXIX.

I vaporosa nube los estragos
Peremne cubre ya, miéntras el viento
Sus olas tiende; màs los tristes lagos
Ni en su hondo lecho guardan el contento.
Parece que concreta sus halagos
El cielo en el zenit con ardimiento,
I que de muerte al llanto i amargura
Abandona los restos de Imbabura.»

CONCLUSION.

I.

«Ya entre mil lutos i desecas flores,
Espíritus que sois de esta comarca,
Las làgrimas llevad i los dolores
Dentro el espacio que Imbabura abarca;
Llevad, llevad rendidos con clamores
Que al Dios que en el diluvio salvò el arca,
Puedan luégo llegar; quizà se apiade
I levante el castigo que la invade.

II.

Quedad ¡oh pueblos! para Dios: su nombre,
Su nombre puro, santo, repetido
Por infinitos ecos que ya asombre
Do quier la inteligencia haya cundido.
Ahora respira miserable el hombre,
I constante amenaza si afligido
Ve en la comarca que el volcan agita,
De su diestra el amparo necesita.

III.

Nada os he dicho ¡oh pueblos! nada, nada,
Pese à mi alcance, sobre la profunda
Impresión que causàra la bajada
Del pueblo à Ibarra; sobre la coyunda
Que en su cuello pesò; sobre la alzada
Mano de Garcïa que en su tunda
Suprimiò el observante monàsterio;
Nada....que pasó todo en el ministerio.

IV.

Cuanto hizo el Cataclismo i todavia
Del Ecuador catàstrofes la historia
Guardarà en sus anales hasta el dia
Én que la vida acabe transitoria.
¿Qué regiòn en el mundo con la impìa
Planta de terremoto à la memoria
No dejará un suceso del dominio
Del demonio que ës el exterminio?

V.

Ya el puñal, à la sombra, se ejercita
Que el cerebro abrirà à Garcìa Moreno.
¡Que! allà en oscuros antros la maldita,
Humana perversiòn de inmundo seno,
Presa del brazo de Satàn, agita
De una letal ponzoña el càliz lleno.
¡Ah,còmo à crimen tal la ira suprema
No aniquila por fin con su anatema!

VI.

I no tarde caerà del trono santo,
¡Ay víctima inocente! en el tormento,
En angustia deshecho i en espanto
De la Iglesia aquel Principe. El aliento,
El corazòn me falta. ¡Con qué llanto,
Con qué dolor e pueblo en desaliento...!
Catàstrofe inaudita.... la de guerra
Vendrà, sí, ¡oh pueblos! à asolar la tierra.

VII.

I en Ibarra.... contraria la fortuna
Es ¡ay Dios! à estos bienes monacales:
Seràn el bàlago en manera alguna
Que es de riscos i pàramos eriales.
Con sucesos que corren importuna
La suerte se impacienta, vendavales
Moviendo hasta que vuelva por su fuente
Lo que à conceptas diò el Omnipotente.

VIII.

Pasò tu dicha ¡oh País! como pasa
La luz de una alborada: ¿en vuestro oriente
No nacerà otra igual ò serà escasa?
Pero siempre el dolor ¡ay! recreciente
Tu macerado corazòn traspasa,
I mustio al cielo le alzas reverente,
Viéndote ante sus ojos rechazado,
Delante tu existir desperanzado!

IX.

¿Olvido hay? ¿Error hay? Su sombra yace
Solo en la mente de orgullosa, i vana
I limitada esfera, mas no nace
Do la Luz en bondad es soberana:
Vereis ¡oh pueblos! cómo se rehace,
Cual esplendente flor de la mañana,
Vuestra deshecha suerte; pero espera
De nuestros brazos la potencia austera.

X.

Ruido se alzarà à veces alarmante
Con los vientos i polvo, sustos dando....
Pero aunque allí à mi frente se levante
Una espantosa llama que bañando
Se vea la alta selva, ò aterrante
Sacuda à la Imbabura el genio infando,
Si no es de universal enjuiciamiento,
La ruina no serà de gran momento.

¿Qué himno de gracias por aquel portento
A que debeis la vida, entonar puede
Vuestro sumiso labio en cuyo aliento
Se mezcla el de la tumba? Si intercede
El cielo por vosotros, en acento
De dolor decid solo: ¡Oh Dios! concede
Mayor gloria à tu gloria, en Imbabura
Regando el espledor de tu hermosura.

Decid- ¿Guardaste en el divino arcano
Nuestras vidas ¡oh Dios! à que no eleve
Nuestro infiel corazòn i torpe i vano
Ni los acentos de alabanza breve?
¿I aun à que ofensas acumule insano?
Del orbe inmenso que tu brazo mueve
Todo cuanto se ve no envuelve un punto,
I todo es de tus loores digno asunto-.

Mas tù no ceses, trovador; tu canto
En rima fácil i sencilla i corta
Puede un tiempo vivir; no te dé espanto
La turba de censores.... no te importa»
Dijo, i la esperanza como encanto,
Que del terror la niebla no soporta,
Se elevó para siempre sobre el suelo
Que aun mira el Imbabura con anhelo.

FIN.